

vestiduras que estaban hechas girones; pero era demasiada la concurrencia, y muy ardiente la devoción para poder contenerla. Entrando algunos por las casas vecinas, subieron á los techos, y entraron en el Colegio por los pisos altos: otros, arrastrados por aquella ola de gente, se precipitaron contra la puerta que no pudo resistir á la presión. En vano gritaban los Padres, que había excomunión para las mujeres que violasen la clausura: no oían nada, querían ver el cadáver de aquel Padre de todos. Con ayuda de los suizos, se vieron obligados á trasladar otra vez el cuerpo á la Iglesia, y se colocaron los soldados de guardia en las puertas para poner algo de orden en el desfile. Extendiéndose por la Ciudad el rumor de los milagros y de las curaciones, aumentó considerablemente el número hasta la noche del 26 de agosto. En efecto, veíanse energúmenos, jorobados, cojos, calenturientos, gotosos, apopléticos, lisiados, ciegos, mudos, éticos, todos los desgraciados, en una palabra, que desfilaron por delante del cadáver, y salían enteramente sanos. Y aquellos milagros no se obraban solamente tocando el cadáver, sino también con las reliquias que habían tomado, con las flores que se habían esparcido sobre él, y hasta con sólo entrar en la Iglesia.

Mientras se apretaba afuera la muchedumbre impaciente, tomó la palabra un Padre de la ilustre Compañía de Jesús, é hizo en alta voz su panegirico en presencia del pueblo, de los Nobles, de los Eclesiásticos y de los Religiosos de todas las Ordenes amontonados en la plaza. Hizo una larga relación de sus virtudes, y entre otras cosas dijo: Es un Santo, todo el mundo lo aclama. Lo llamó Dios á fundar la Orden de las Escuelas Pías, como llamó á nuestro Padre San Ignacio.» Y confirmó aquellas palabras mostrando el bien que aquella Sociedad había hecho á la Iglesia de Dios, y los milagros que se obraban por su intercesión. Júzguese del efecto que produciría aquel discurso, al que respondía como eco el grito mil veces repetido en la Iglesia. ¡Milagro! Entraban las gentes agobiadas de toda clase de enfermedades, y se las veía salir después enteramente curadas.

Había ordenado el Cardenal-Vicario que se tomase nota de aquellos prodigios, para comenzar después un proceso verbal auténtico. Mgr. Oreggio había dicho muchas veces en la mañana al P. Caputi que los escribiese con diligencia, porque, delegado por el Cardenal-Vicario, debía darle cuenta. No era posible en medio de aquel tumulto indescriptible, y de aquellas traslaciones sucesivas del cadáver. Movidó por aquellos sucesos el Soberano Pontífice, ordenó á algunos Prelados que los comprobasen, y Juan Nati fue encargado de escribir todos los hechos que se le contasen, para examinarlos más tarde, cuando llegase la calma.

No cedían los adversarios de José y de las Escuelas Pías. Irritados del rechazo del Vicegerente, se dirigieron á un em-

pleado subalterno, y hacia las tres de la tarde se presentó en San Pantaleón un Notario del Tribunal del Vicariato con un cabo y ocho esbirros. De orden del Vicegerente mandó al Superior y á sus Religiosos, amenazando con el castigo, si no lo hacían, que diesen al punto sepultura al P. General. Manifestáronse prontos á obedecer los Religiosos; pero pidieron la orden por escrito, como se daba generalmente. No la llevaba el Notario, por que el Vicegerente ignoraba tan indigno proceder, lo mismo que su Superior inmediato el Cardenal Vicario; era obra de un simple empleado. Respondieron entonces los Padres que se les había permitido que procedieran en la sepultura, como lo habían hecho los ministros de los enfermos con su Fundador San Camilo de Lelis. Si había dado aquella orden el Cardenal-Vicario, irían ellos á verlo para conocer mejor sus intenciones y poder obedecerle. Respondió el Notario que podían ir, pero que entre tanto debía quedar el cadáver en poder de los corchetes. Obedeciendo el P. Superior, suplicó á los suizos que se retirasen, guardando únicamente las puertas. Hizo el Notario que tomasen el venerado cadáver los esbirros, levantándolo con las cuatro puntas del sudario, haciéndolo llevar á la habitación contigua á la Sacristía. Cerraron la puerta, montando la guardia interiormente cuatro soldados y un cabo con prohibición de permitir la entrada á nadie. Era implacable la persecución ante una muerte semejante.

Mientras iban los Padres al Vicario, quedaban delante de la Iglesia las ondas inmensas de la muchedumbre. El célebre Padre Caravita, de la Compañía de Jesús, de santa y feliz memoria, había hecho cuantos esfuerzos le fué posible para entrar á ver al General; no se lo permitieron los esbirros, fieles á la consigna. Subióse entonces á un banco de piedra junto al palacio de los Mássimi, y arengó al pueblo con uno de aquellos discursos que le dieron gran renombre. Relató la vida y virtudes de José; dijo que había fundado un Instituto que había reformado el Universo; habló en particular de su paciencia y del modo de imitar á Jesucristo en sus acciones y palabras. «Lo mismo que El ha sufrido hasta la muerte, y ha permitido »Dios también que después de su muerte sea guardado su cadáver por los esbirros, como el de Cristo en el sepulcro».

Entre tanto insistía el Notario ante el Cardenal-Vicario para que no se dejase sin sepultura el cadáver, diciendo que se habían visto obligados á desenvainar las espadas en la misma Iglesia. Respondió el Padre García que efectivamente habían desenvainado las espadas, pero para asustar al pueblo, y que las habían vuelto á la vaina: además, había sido para abrirse camino á través de la compacta muchedumbre para quitar el cadáver de la Iglesia. El Cardenal-Vicario reprendió ásperamente al Notario, le ordenó que recogiese su gente, y permitió á los Padres que guardasen el cadáver hasta la mañana siguiente y hasta que quisieran. Volvió el Padre

García á San Pantaleón, y satisfecho el cabo de haber sido relevado de la guardia, se apoderó de una parte del zapato del Santo. El cadáver fué llevado inmediatamente al medio de la Iglesia, quedando siempre para custodiarlo la guardia suiza, pudiendo satisfacer todavía su devoción el pueblo que no había cesado de aumentar durante las conferencias. Muy conmovedor espectáculo era ver aquellos grandes personajes mezclados con el pueblo que conducía á hombros los enfermos de todo género para que fueran curados. Poco después se los veía salir de la Iglesia glorificando á Dios en su santo siervo. Jamás se había visto tal concurso á la muerte de un hombre. Los ancianos que hacia cincuenta años habían asistido á la exposición del cadáver de San Felipe Neri, aquel Santo tan popular, decían que no cabía comparación. Confirmábanlo los Padres del Oratorio por boca del Padre Giustiniani: «La concurrencia á la muerte de vuestro Fundador ha sido mucho mayor que á la de nuestro Padre, San Felipe Neri, que sin embargo fué inmensa; y os concede Dios más milagros que á nosotros en aquel tiempo».

En efecto, fueron innumerables los milagros de aquellos dos días, y vamos á relatar algunos entre los que fueron jurídicamente comprobados.

Porcia Napoleón de Arversans, libre del demonio, besando los pies del Santo.

Paula Taddei, romana, libre del mismo.

Cecilia Mari, hechizada: apenas tocó el cadáver, vomitó dos grandes alfileres, y quedó libre.

Dominica de Parzio, con la mano lisiada.

Francisco Tárlico, hacía mucho tiempo que sufría muy agudos dolores en las piernas, en los riñones y en una mano: andaba con gayatas, que dejó en San Pantaleón.

Félix Frantani, que sufría de gota.

Antonio Valangi, hacía seis meses que estaba en cama sin poder moverse, y con gran trabajo fué llevado á San Pantaleón.

Dominica Gerometti, de diez años, que sufría de los pies y de las manos, y fué llevada á la Iglesia en brazos de su madre.

Leonor, mujer de Paolini, que hacía veinte meses que sufría de una pierna, y estaba desahuciada.

Catalina Scittini, ética hacía tres años.

Santiago Ercolani, lisiado en la rodilla y en un dedo de la mano, con gran fiebre, llevado en hombros de un amigo.

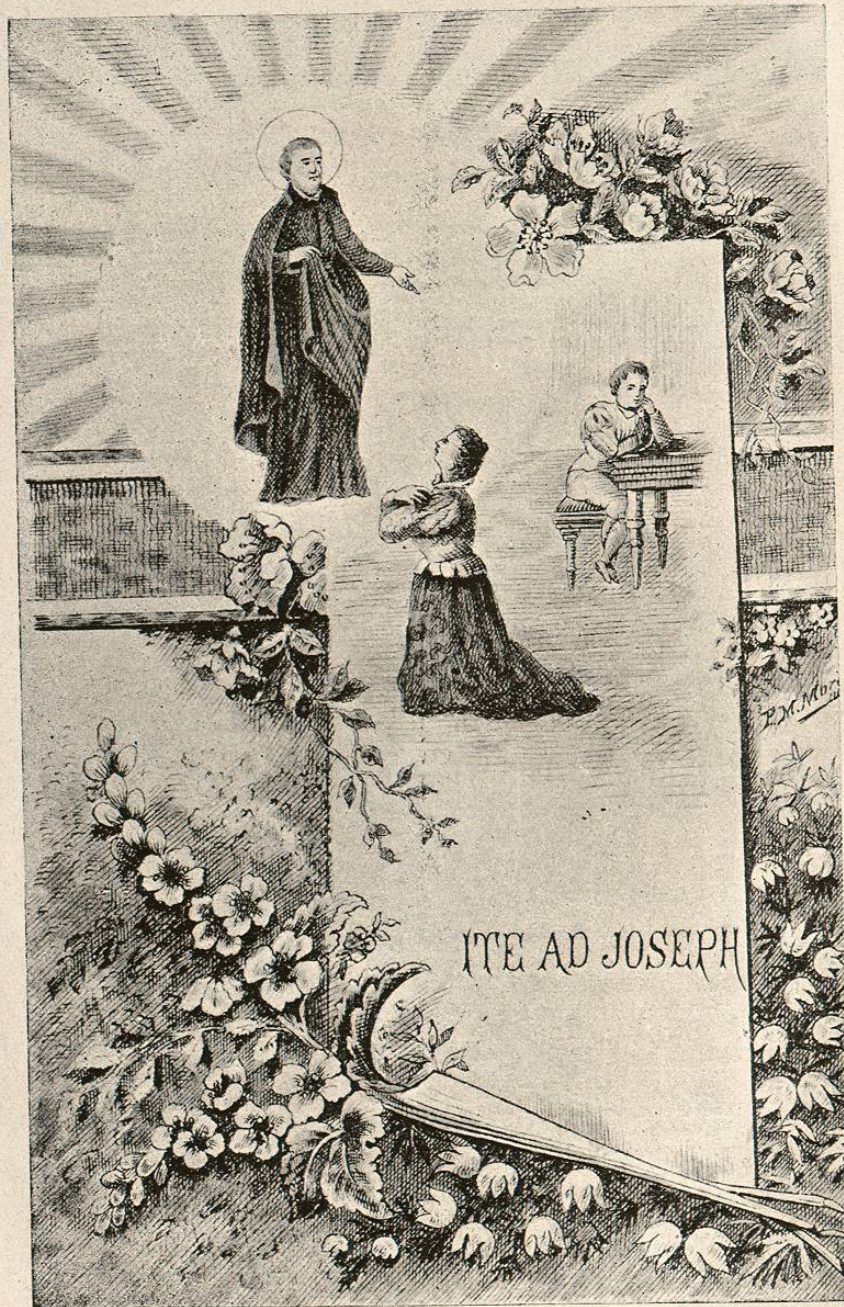
Bernardino Angelini, con fiebre de tercianas dobles.

Alejandro Carissimi, estudiante, escrofuloso, con tres llagas en el cuello.

Domingo Amati, que recibió una coz de un caballo, y tenía inflamadas las piernas.

Lorenza Astolsi, con el brazo izquierdo enfermo, sin poderlo mover.

Jerónima Beltradi, paralítica de un brazo hacía cincuenta años á consecuencia de una apoplejía.



LA MADRE AFLIGIDA POR LA FALTA DE INTELIGENCIA DE SU HIJO,
ACUDIÓ Á SAN JOSÉ, Y FUÉ ESCUCHADA SU ORACIÓN

El sacerdote Jacinto Tinazzi, defecto en la lengua que hacía mucho tiempo que le impedía decir misa.

Todos ellos fueron repentinamente curados por el contacto del santo cadáver.

Angela Schiavi que sufría mucho de una fluxión, fué curada con solo entrar en la iglesia.

Antonio tan gravemente enfermo de un cólico, que se le habían administrado los últimos Sacramentos. No pudiendo ir á San Pantaleón, se le aplicó un pedazo de los vestidos del Santo, cesando inmediatamente los dolores.

Octavia Vittori que hacía quince meses sufría de violentos dolores de cabeza, se colocó en ella un pedazo de vestido del Santo, y quedó sana.

Lavinia Cagnoni, tocó el cadáver con su rosario, y lo aplicó al brazo que hacía ocho meses que no podía mover á causa de una caída; y desapareció el mal.

Lucrecia Deodati sanó de una pierna, tomando flores de las que habían esparcido sobre el cadáver del Santo.

Aquellas curaron también á Agueda Giordani, que hacía ocho meses que no podía hacer uso del brazo, y á Lavinia Castellani, de un prolongado desarreglo del estómago.

Mientras estuvo encerrado el cadáver, guardado por los esbirros, no se atrevieron á prohibir la entrada á la Princesa Panfili, hija mayor de Giustiniani, pariente del Papa. Hizo entrar consigo á una joven Cecilia Borghi que hacía mucho tiempo que era epiléptica, poniéndose loca en los cambios de luna. Colocó la cabeza bajo los pies del Santo, y quedó enteramente curada.

Pero ¿cuántas curaciones hubo en los primeros momentos, que, ó no pudieron ser comprobadas, ó no se probaron suficientemente! Concluyeron por no prestar atención. En la tarde del 26, fueron á visitar el cadáver del Santo gran número de Princesas y de personas ilustres, y volvieron otra vez llevando consigo á sus amigas. Los Embajadores de Florencia, de Saboya y de Venecia, acompañados de sus señoras, los Duques de Strozzi y su familia, los de Lanti y el de Cesarini, el Encargado de Negocios de Génova, el Coronel de los Corsos con sus numerosos Oficiales, los Auditores de la Rota y gran número de Prelados; no podemos citarlos á todos, siéndonos desconocidos la mayor parte de sus nombres. Después de media noche prohibieron los Padres la entrada en la iglesia; pero, como era imposible hacer salir á los que habían entrado, se vieron obligados, ayudados por la guardia, á llevar el cadáver al Oratorio que estaba en el primer piso, á pesar de la oposición de la muchedumbre insaciable en su devoción.

Había ordenado el P. García á sus consejeros que se hallasen en San Pantaleón en la madrugada del día siguiente, 27 de agosto, á fin de disponer con ellos el orden de la sepultura, siéndoles imposible entenderse durante el día por el excesivo

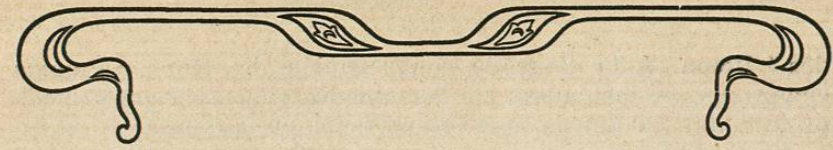
concurso de fieles. Cuenta en su declaración el Rector del Nazareno que al llegar muy de madrugada, puesto que en el mes de agosto tenían que servirse de un farol, había ya innumerable muchedumbre frente á la puerta de la Iglesia. La mayor parte habían pasado allí la noche. Estaba tan pobre la casa de San Pantaleón que no había ni para comprar una caja para su General; pero habiendo salido á pedir limosna entre los bienhechores el H.^o Lucas, limosnero del convento, la primera persona, á quien se dirigió, la Duquesa de Látera-Farnese, se encargó de todos los gastos. Era una de las principales Señoras de Roma, prima de Jerónimo Farnese, que fué después Cardenal. Hizo construir inmediatamente una caja de madera incorruptible de castaño, de ocho palmos de longitud, por la elevada estatura del Santo, que debía encerrarse en un ataúd de plomo. Recomendó la Duquesa que se terminase la misma tarde: la terminaron; pero con demasiada precipitación: no se soldó el plomo con bastante cuidado, y penetró más tarde el agua, como diremos en otro lugar, La mañana del 27, reunidos en consejo los Padres, determinaron que sería tentar á la Providencia, si se difería por más tiempo la sepultura: podían resultar graves inconvenientes con aquella concurrencia siempre en aumento. Además, era necesario poner un poco de orden en aquella casa invadida todos los días; volver á abrir las escuelas interrumpidas, teniendo necesidad de descanso los Religiosos que estaban muertos de cansancio. Muy de mañana, se abrió una fosa profunda al lado del Evangelio del altar mayor. Allí fué depositado el Santo, revestido de los ornamentos sagrados en su doble caja, siendo cubierto con una espesa capa de tierra, debiendo hacerse el reconocimiento auténtico del cuerpo en el mismo día.

Entre tanto, estaban llenas de gente las dos plazas, la de delante y la del otro lado de la iglesia de San Pantaleón, así como las calles afluyentes. Acaso iban á ceder las puertas á la presión de los fieles, empujados los unos por los otros: las abrieron y en un momento quedó invadida la Iglesia. Pero, cuando vieron que estaba enterrado el Santo, quiso desenterrarlo la muchedumbre para verlo aún, venerarlo á su sabor, y hacer tocar los enfermos. No se oía más que un grito: ¡Queremos ver al Padre santo! Con gran trabajo los calmaban los Religiosos, diciéndoles que había excomunió para los que desenterraban los cadáveres, y que el Papa los castigaría severamente. Todos se precipitaban para obtener siquiera como reliquia un poco de tierra, lo que era lo mismo que desenterrarlo: en poco tiempo quedaría descubierta la sepultura, hubo que llevar otra tierra, y cubrir con tablas el sepulcro. Extendióse pronto la noticia del entierro, y se moderó el concurso que hubiera sido exorbitante, si hubieran tardado un poco más. No sólo se despoblaron las casas de Roma—son los mismos términos que se hallan en el proceso—sino que acudía la gente de las ciudades y pueblos próximos, y durante la noche estuvieron ocupadas las calles, porque creían que esta-

ría expuesto el cuerpo durante tres días. Y no era solamente la gente vulgar más fácilmente impresionable, sino toda la aristocracia romana, y los Prelados de más renombre por su ciencia y por sus talentos: por ejemplo, el Príncipe de Carbognano-Colonna, su señora é hijos, el Duque de Acuasparte-Cesi, que llegaron demasiado tarde, cuando ya estaba enterrado. Mgr. Fagnani se hizo conducir en una silla cerrada, que se colocó sobre el sepulcro, y dijo esta oración: «Padre José, bien sabe V. P. que »hemos sido muy amigos: le pido que me obtenga de Dios la vis- »ta, si conviene para mi alma. Si no me conviene, además de »los ojos arránqueme también la lengua.» Le dieron un par de anteojos del Santo, lo mismo que á Mgr. Fiorentino que tenía la vista muy débil. Ambos fueron curados, conservando después una vista excelente. Acudieron á porfía los Religiosos de todas las Ordenes, Dominicos, Teatinos, Carmelitas Descalzos y otros. Notaremos al P. Ubaldini, de Somasca, bien conocido de nuestros lectores. Había conocido bien al Santo en su Visita de un mes, habló de sus virtudes, y dijo: «Por sus méritos espero ver »levantarse la Orden de las Escuelas Pías, porque es un Insti- »tuto santo, necesario á la Iglesia de Dios.»

En la mañana del 27, obró todavía el Señor gran número de milagros, largos de contar, y semejantes á los de los días anteriores. En la tarde, D. Palamolla, Subsecretario y Canciller de la Visita Apostólica, comisionado por el Cardenal-Vicario, hizo el reconocimiento auténtico, del cadáver, de los ataúdes y del sepulcro, acompañándole el Notario Meula, y seis testigos juramentados. No pudo negarse la entrada á gran número de elevados personajes que hicieron tocar en el cuerpo rosarios, medallas, pañuelos y toda clase de objetos. Después de tres días se halló flexible el cadáver como si estuviera vivo, á pesar de las diferentes traslaciones que tanto lo habían sacudido. No sólo no exhalaba odor cadavérico, aunque se hallaban en los más fuertes calores del verano, aumentados por el gran concurso de gentes, sino que se extendía por todo suavísimo y milagroso olor. Pusieron esta inscripción cerca de la cabeza: «HIC REQUIESCIT CORPUS VENERABILIS SERVI DEI PATRIS JOSEPHI A MATRE DEI, RELIGIONIS PAUPERUM MATRIS DEI FUNDATORIS ET PROPAGATORIS, QUI OBIT ANNO ETATIS SUÆ XCII, Die XXV Augusti, anno Domini MDCXLVIII. Cerraron las cajas, echaron tierra encima, y se cubrió con baldosa.

Los contemporáneos nos han legado el retrato de San José. Era de muy elevada estatura, pelo de la cabeza y de la barba rubio, que se aproximaba algo á rojo, pero enteramente blanco en su ancianidad; frente ancha, cejas pobladas, ojos pequeños sin exceso, nariz algo aguileña, vista noble y majestuosa reflejando la santidad de su alma. Su temperamento era naturalmente vivo, pero moderado por la virtud, y en sus palabras no respiraba más que mansedumbre: su semblante estaba siempre sereno, sin dejar ver los dolores que lo devoraban interiormente.



CAPITULO XXX

SU TRIUNFO EN EL CIELO

1648-1767

ANTES de dar cuenta de las fases de la canonización de San José de Calasanz, daremos á nuestros lectores, que están por lo general poco al corriente de estas cosas, un resumen de los procedimientos que sigue la Corte Romana en la canonización de los Santos. Son efectivamente un verdadero proceso que se forma con toda la severidad y con las mismas ó acaso mayores precauciones de una causa criminal. Es proverbial la lentitud romana, y parece que es todavía más exagerada en las causas de los Santos; y aunque el lector incrédulo no quiera admitir la asistencia del Espíritu Santo, se verá obligado á admirar una prudencia que no deja lugar á género alguno de sospecha. No tenemos la pretensión de compendiar la obra admirable de Benedicto XIV. *De canonizatione Sanctorum*, no permitiéndolo ni aun sumariamente los límites de este pequeño libro: para la inteligencia de lo que vamos á referir bástanos indicar el orden seguido por los jueces.

La primera prueba judicial en primera instancia se hace por iniciativa y con la autoridad del Ordinario: llámase así el Obispo de una Diócesis. En Roma, el Ordinario es el Cardenal-Vicario que administra la Diócesis de que es Obispo el Papa, con la autoridad del mismo. Este primer proceso ha de probar tres cosas. 1.º la fama de las virtudes del que ha de ser colocado en los altares: 2.º la fama de sus milagros: 3.º la comprobación de que jamás se le ha tributado culto público. Los jueces nombrados por el Obispo entre lo más notable de su Diócesis, y presididos generalmente por él, reciben bajo juramento los testimonios de cuantos quieren declarar, ó de cuantos son citados al efecto. El Promotor de la Diócesis (ministerio público) hace las objeciones, y presenta sus conclusiones; un escribano forma doble expediente de todo lo dicho, y cuando se termina esta primera prueba que es muy larga, todas las piezas, ó documentos, coleccionados, rubricados, firmados y sellados con el sello del Obispo, con el de todos los jueces y con el del Promotor, son envia-